

rigió a los pisanos y genoveses el año 1087, cuyo resultado fué la toma de El-Mehdia-Zuila. Por otra parte los seldyucidas se mantuvieron firmes en todas las partes del Asia Menor, y provocaron de este modo, antes que nadie, el levantamiento general de la cristiandad romana para la primera cruzada.

El débil emperador bizantino Miguel VII, que en vano había pedido auxilio al papa Gregorio, fué destronado el año 1078, y dos de sus generales se coligaron contra él; Nicéforo Briennio en Andrinópolis y Nicéforo Botoniates en Nicea. El último triunfó, y gobernó como emperador desde 1078 hasta 1081. Su principal apoyo en un principio fué el muy esclarecido é ilustre varón, Alejo, oriundo de la familia de los Comnenos, que había dado al imperio varios hábiles generales y hombres de Estado, y también un excelente emperador que reinó breve tiempo (Isaac Comneno 1057-1059). Sin embargo, pronto nació una tirantez hostil entre Nicéforo Botoniates y Alejo: el Comneno huyó de la corte y reunió precipitadamente un ejército que se apoderó á traición de la capital en 1.º de abril de 1081, y fué coronado emperador al día siguiente.

Con él comenzó un reinado que aplazó por mucho tiempo la ruina del imperio bizantino; porque Alejo era valeroso y activo, prudente y ávido de gloria, y sobre todo inquebrantable en la desgracia. Apenas subió al trono, restableció las severas costumbres de los primeros tiempos en el palacio imperial, con ayuda de su madre, y en seguida marchó al encuentro de los seldyucidas. No tardó en rechazar mas al interior del Asia Menor á los enemigos, que á la vista de Constantinopla asolaban las playas del Bósforo, y hasta logró recuperar las costas bizantinas. Tal vez á este principio hubiera seguido inmediatamente la apetecida continuación, si precisamente entonces las recientes fuerzas del antiguo imperio no hubiesen tenido que dirigir toda su atención á otra parte.

En efecto, en aquel fatal momento crítico, en que la cristiandad romana debiera haber apoyado resueltamente y no creado dificultades á los Comnenos, desembarcaba el duque de Normandía, Roberto Guiscardo, con un poderoso ejército en las costas de la Iliria, alentado por la ambición de agregar algunas provincias bizantinas á su territorio italiano. Alejo salió valerosamente al encuentro del nuevo enemigo, para combatirle con todos los medios que él y su país poseían; las tropas fueron equipadas y adiestradas con gran esmero; las joyas de la familia imperial y hasta los objetos destinados al servicio de las iglesias fueron convertidos en moneda cuando no alcanzaba la que tenían; los venecianos, que veían con envidia el creciente poder de los normandos, recibieron completa libertad de comercio en la capital y en las provincias y dispusieron sus escuadras para tomar parte en la guerra contra el duque; finalmente todos los demás enemigos de Guiscardo en Italia y luego varios de sus oficiales fueron sobornados con el oro, con objeto de que volvieran sus armas contra él, ó desertasen de su ejército y se pasasen al emperador. Por este medio, despues de algunas batallas dadas con varia fortuna, logró Alejo contener á los normandos que habían penetrado hasta el corazón del imperio, y les fué rechazando poco á poco hasta las costas en que habían desembarcado; y cuando el temible adversario, duque Roberto, murió en julio de 1085, sus hijos desistieron por completo de una guerra que consideraban desesperada.

Pero apenas fué conjurado este peligro por el nuevo gobierno de Comneno, cuando los feroces petschenegos, emparentados por raza con los seldyucidas, que habían salido del interior del Asia, hacia tiempo, y desde sus guaridas en el bajo Danubio causaban mil molestias al imperio bizantino, renovaron las antiguas hostilidades, llevando la desola-

ción y la ruina al través de los valles de la cordillera de los Balkanes y avanzando hacia el interior de la Tracia. Alejo tuvo que soportar la dura necesidad de la guerra, y despues de varios años de lucha, se dió la sangrienta y decisiva batalla de Lebunion, abril de 1091, en la cual fué exterminado el pueblo de los petschenegos no quedando de él mas que insignificantes restos.

Por fin, entonces pudo el emperador dirigirse contra los seldyucidas, y en una coyuntura en que la situación de estos no era muy halagüeña. Alp-Arslan, el vencedor de Menzikert y su hijo y sucesor Malikschah (1071-1092) habían conquistado como grandes héroes guerreros inmensos territorios, pero no pudieron fundar un Estado fuertemente unido. Los generales y lugartenientes de las provincias, parte de los cuales procedían de la casa de los mismos sultanes, pudieron gobernar á su antojo, y pronto se hicieron príncipes independientes. Agréguese á esto que, despues de la muerte de Malikschah se declararon una sangrienta guerra sus hermanos é hijos con motivo de la sucesión. El hijo mayor, Barkyarok, se posesionó de hecho de la sultanía; pero no pudo impedir que se deshiciera la unidad del imperio una vez mas; y en especial el territorio de las provincias occidentales se dividió en multitud de emiratos mas ó menos grandes. Kilidsch Arslan dominaba á la sazón el núcleo del Asia Menor y las capitales de Nicea é Iconio; pero á su lado y sobre todo en las ricas comarcas de la costa, muchos pequeños jefes guerreros fundaron principados independientes.

Este desmembramiento de la sultanía no sirvió de gran cosa á los bizantinos; porque las temibles guerras del último decenio habían agotado sus fuerzas en hombres y en dinero, al paso que los seldyucidas habían hecho entre tanto su agosto estableciéndose firmes en el Asia Menor. Verdad es que Alejo se esforzó por aumentar sus recursos, sacando tributos á sus súbditos sin ningun género de contemplaciones, ya que la precaria situación así lo exigía, y en lo demás, sin embargo, veló por la buena administración, haciendo que se cumpliesen los deberes civiles, y á la vez echando las bases de la prosperidad pública. También procuró quebrantar á los enemigos, ora por medio de hábiles negociaciones, ora en lucha abierta, y en efecto, tuvo la fortuna de recuperar varias plazas fuertes en las costas del Sur de la Propóntide (Mar de Mármara) con mas, algunas islas del mar Egeo (Mar de Levante), sobre todo las de Lesbos, Chio y Samos, en las que también se habían establecido de un modo permanente los seldyucidas. Pero estos pequeños resultados fueron todo lo que el emperador pudo conseguir. ¿Podía él tranquilizarse con esto? ¿Debia abandonar definitivamente á los seldyucidas los extensos territorios de que se habían apoderado desde la batalla de Manzikert? Era realmente cuestión de vida ó muerte para todo el imperio bizantino el que se recuperase ó no, por lo menos, el Asia Menor; pues Constantinopla y Atenas estaban continuamente amenazadas, mientras los emires seldyucidas estuviesen en posesión de las costas de aquel territorio. Era preciso desalojarlos; Nicea é Iconio debían recibir de nuevo guarniciones cristianas, si se había de lograr por otra parte el estar bien preparados para hacer una constante resistencia al ímpetu del islamismo y al oleaje de los pueblos, que de tiempo en tiempo se desbordaban con salvaje deseo de asolarlo todo, desde el interior del Asia.

Esto no obstante, el Asia Menor no se podía emancipar con sus propias fuerzas; por cuya razón Alejo se resolvió á tomar una medida, que adquirió celebridad en la historia del mundo. Se decidió á pedir la ayuda del Occidente romano, del mismo modo que ya lo había intentado su antecesor Miguel VII. Dirigióse en su consecuencia al papa Urbano II, en el año 1095, no con la idea de que se le mandaran dos divisiones de tropas asalariadas, como las que hacia mucho tiempo tenia á su servicio procedentes de todos los territorios señoriales, sino con el ardiente deseo de obtener el fuerte apoyo que podría proporcionarle el poderoso jefe espiritual del mundo romano.

CAPITULO II

PRIMERA CRUZADA (I).—EL PAPA URBANO II

Veinte años habían trascurrido desde que Gregorio VII concibiera el sabio plan de salir á campaña á la cabeza de los leales fieles de San Pedro contra los seldyucidas, empresa que no se realizó entonces porque el Papa, apenas había

(1) La historia de la primera cruzada no se puede tomar ya, según se ha indicado arriba, de la historia de las cruzadas escrita por Wilken: el mejor libro para el estudio de la primera cruzada es la «Historia de la primera cruzada» de H. v. Sybel, Düsseldorf 1841. Kugler ha continuado despues la investigación en su obra «Los Comnenos y los Cruzados» inserta en la revista histórica de Sybel, vol. XIV, 1865, y lo mismo hizo Hagenmeyer en su «Ekkhardi Hierosolymitas» Tubinga 1877 y en su «Pedro el Ermitaño, Leipzig 1879.» Los libros de Hagenmeyer contienen gran abundancia de preciosos materiales; sobre todo el «Hierosolymitas» es de gran mérito, no solo porque está reproducido el pequeño escrito de Ekkhard, que lleva este nombre, sino también por las notas críticas, que el editor ha añadido. Fuera de estos libros, son dignos de atención en primer término, los tratados especiales de las ya mencionadas obras de Riant y de Rohricht sobre las peregrinaciones de los escandinavos y de los alemanes y también los trabajos de Finlay, Hopf, Hertzberg, Weil, Heyd, etc., todas las cuales, que contienen cuanto se ha podido decir en este asunto, constituyen la base de los capítulos siguientes de la presente obra. La altísima importancia, que la primera cruzada, como primera en su clase, ha adquirido en la historia y en la tradición, tanto á los ojos de los contemporáneos como á los de la posteridad, necesita una observación mas amplia, la cual se ha hecho extensiva por excepción á los escritores principales coetáneos á esta peregrinación. Poseemos una serie de pequeñas crónicas excelentes, imparciales y escritas con reflexión en su mayor parte, las cuales fueron compuestas por algunos de los que tomaron parte en las cruzadas, como las *Gesta Francorum et aliorum Hierosolymitanorum* de un normando anónimo, las del provenzal Raimundo de Agiles, del francés del Norte Fulcher de Chartres, etc. Veinte años despues escribió Alberto de Aquisgram una crónica muy extensa de la guerra santa (1095-1121). Entre otras cosas, expuso con gran sencillez la multitud de tradiciones que se formaron, entre tanto, acerca de las hazañas y padecimientos de los cruzados, sobre todo de Pedro de Amiens y de Godofredo de Bullon. Finalmente en el año 80 del siglo XII un varón de grandes conocimientos y superior cultura, el arzobispo Guillermo de Tiro, compuso una historia muy detallada del reino de Jerusalem que comprende hasta el año 1184, en la cual se ha tratado de llevar á cabo el enlace legendario de Alberto de Aquisgram con la fidedigna narración de aquellas antiguas pequeñas crónicas. Este ensayo de unión, que naturalmente era una empresa absurda y no daba ni tradición ni historia, constituyó sin embargo hasta Sybel, el fundamento para la mayor parte de las narraciones de la primera cruzada, y determinó despues el juicio que sobre las siguientes cruzadas formaron los historiadores. Grande fué pues el mérito de Sybel, al establecer por primera vez con razones fundamentales la verdadera relación de la tradición legendaria y de la históricamente verídica, esto es, rechazar en toda su extensión á Alberto de Aquisgram, y en debida proporción hacer lo mismo con Guillermo de Tiro y dar finalmente el lugar que merecen á aquellas pequeñas crónicas antiguas. Hoy no estamos ya enteramente en el mismo punto de vista de Sybel, el cual parece que fué mas allá de lo justo al rechazar los relatos de Alberto. Pero debemos sostener el método que usó, y tratar de separar las tradiciones falsas de las verdaderas, profundizando el asunto mas de lo que se podía hacer cuarenta años há. Para esto es necesaria ante todo una crítica extensa de Alberto de Aquisgram, trabajo, del que se encuentran algunos principios resueltos en la novísima literatura. Además de las obras, que sirven de fuentes, escritas en latin, en las cuales se apoya exclusivamente la historia de la primera cruzada por Sybel, poseemos ahora abundantes series de canciones en la antigua lengua francesa: «Le chevalier au cygne et Godfroid de Bouillon», publicado por Reiffenberg en el «Monum. pour servir á l'histoire de Namur etc.

comenzado á hacer los preparativos para la guerra de Oriente, cuando se vió obligado á concentrar en Occidente toda su fuerza, para defender la moderna teocracia papal. Finalmente, fué vencido en la contienda y murió como un fugitivo lejos de Roma. Las cosas estaban de distinta manera en el momento que historiamos. Urbano II, que ocupaba la silla de San Pedro desde el 12 de marzo de 1088, estaba poseído de los mismos ideales teocráticos que Gregorio; pero dotado de un espíritu mas flexible que su gran antecesor, evitó dar nuevo pábulo á la oposición del poder temporal, y no exacerbarla con maneras demasiado bruscas, y precisamente por este medio consiguió la victoria. En el año 1094 pudo contemplar con satisfacción toda la extensión del territorio cristiano obediente á Roma. Inglaterra y Francia, España y Alemania se inclinaron á su dominador influjo. El rey Felipe, que había excitado la cólera de la Iglesia con el rapto de la hermosa Bertrada, esposa del conde Fulco de Anjou, se vió amenazado á la sazón con los mas fuertes castigos, y el emperador Enrique IV estaba tan profundamente humillado, que apenas parecia posible que se volviera á elevar al antiguo poder, ni aun que continuase de una manera seria la lucha contra la supremacía del Papa.

Pero Urbano no pensaba dormirse sobre sus laureles. Era de ilustre linaje, oriundo de Francia, y la peculiar tendencia bélico-religiosa de la época, que entre los franceses llegó á su mas alto grado de desarrollo, se apoderó completamente de él, lo mismo que de sus paisanos y compañeros. Aun era bastante jóven, de unos 50 años, para tomar á su cargo, confiando en sus propias fuerzas, la solución de los nuevos y grandes problemas; por esto accedió espontáneamente á la excitación que recibió del lejano Oriente.

En los primeros dias de marzo de 1095 celebró un gran sínodo en Piacenza, al cual asistieron 4,000 eclesiásticos y 30,000 seglares: en él se resolvieron cuestiones de disciplina eclesiástica; se tomaron acuerdos contra el rey Felipe y contra el emperador Enrique, y ante todo fueron oídos los embajadores del emperador Alejo que habían llegado de Grecia con objeto de pedir auxilios al Papa y á todos los cristianos contra los seldyucidas del Asia Menor. A continuación Urbano exhortó á los fieles á que socorriesen á los bizantinos, y en el acto le prometieron muchos marchar á Constantinopla á pelear contra los enemigos de la Cruz.

Desde Piacenza se encaminó el Papa á Francia pasando los Alpes en el verano de 1095; atravesó en son de triunfo una gran parte de este país y se dirigió por último á Clermont, en la Auvernia, á fin de celebrar allí otro gran concilio desde el 18 de noviembre, en el cual, en primer término, se tomaron como en el anterior varias determinaciones puramente eclesiásticas. Despues fué excomulgado el rey Felipe en su propio país; se aceptó la Paz de Dios (Tregua de Dios) como ley general de la Iglesia y finalmente, el 26 de noviembre, se reunió la asamblea, que había de asegurar

2 divis. » «Légendes historico-poétiques, t. IV-VIII. Bruxelles 1846-1850; además: Paulin Paris, «La Chanson d'Antioche», 2 tom. Paris 1848, y C. Hippeau, «La conquête de Jérusalem», Paris 1868. Estas series de canciones, además del pintoresco juego de la leyenda y del estro poético, contienen algo verdaderamente útil para la historia. Sin duda alguna fueron compuestas en la forma que hoy tienen mucho tiempo despues de la primera cruzada; pero es todavía problemático el cuándo nacieron propiamente, si bien sería difícil demostrar, que muchas canciones aisladas de estas series no fueron escritas de muy antiguo y tal vez durante la primera cruzada, adonde convergen todas las conjeturas. Véase Sybel «Traditions y poesías sobre la primera cruzada» insertas en la *Revista general semanal de la ciencia y la literatura*, Kiel, desde julio á diciembre de 1851. Sybel «De la historia de las Cruzadas», trabajo impreso en las «Conferencias científicas celebradas en Munich en el invierno de 1858», Brunswick 1858. Hagenmeyer «Pedro el Ermitaño», especialmente en las páginas 314 y siguientes.

miento al Occidente para rescatar a Palestina de la dominación de los seldyucidas: á pesar de esto jugó Pedro un papel muy importante en el año 1095.

En efecto, aun cuando el papa permaneció en Francia bastante tiempo despues del concilio de Clermont, excitando en muchos lugares el entusiasmo por la cruzada, y procurando con preferencia interesar á los magnates del país en dicha empresa, su influjo fué decayendo poco á poco cuando él quiso hacerlo todo con sus propias fuerzas.

Las masas de las clases inferiores del pueblo se mostraron en seguida dispuestas á tomar la cruz, porque en los últimos tiempos habian sufrido mucho por las calamidades de la guerra, el hambre y toda clase de enfermedades, y miraban la cruzada como un medio de librarse de los padecimientos y de la miseria y como prenda segura de alcanzar la felicidad en la tierra y la bienaventuranza en el cielo. Al frente de estas masas se pusieron entusiastas predicadores, que con arrebatadora elocuencia llamaron á la lucha en defensa del Salvador, pero ninguno lo hizo con mas apasionado arrojo ni con mejores resultados que Pedro de Amiens. Con centellantes ojos, extenuado por las privaciones y tostado por el ardiente sol del Mediodía, presentóse ante los campesinos del centro y Norte de Francia (1), é hizo tal impresion sobre sus exaltadas imaginaciones, que le siguieron en tropel como á un profeta del Señor. Durante el invierno de 1095 á 1096 reunió un ejército entero, sin provisiones, y casi sin armas. hombres, mujeres y niños en abigarrada mezcolanza, pero todos cristianamente enardecidos y muy deseosos de entrar en lucha. En las mismas comarcas, algunos caballeros, entre los cuales se hace especial mencion de Walter de Pexejo y de su sobrino Walter Senzavehor (el Pobre), reunieron una muchedumbre parecida á la anterior. Juntas al poco tiempo estas dos masas, marcharon juntas en direccion al Oriente, y entraron en territorio aleman.

Así llegaron á un país que habia de ocupar un lugar propio en la historia de las cruzadas, si bien es cierto que los alemanes á la sazón y tambien mas adelante oyeron el llamamiento á la guerra santa con oídos mas indiferentes que los franceses, y sobre todo que los romanos. En la primavera de 1096 su sangre fria y la larga contienda entre el emperador y el papa, aun no completamente terminada, hicieron de consuno, que en su mayoría recibiesen escépticamente la noticia del nuevo medio de salvacion, que se les ofrecia peleando por rescatar el sepulcro de Jesucristo. Salían á los puentes y caminos á ver pasar al bullicioso ejército de los peregrinos, y se burlaban de los pobres «que arrastrados por falsas y quiméricas esperanzas abandonaban el suelo de su patria». Sin embargo, en el ánimo de muchos particulares el ejemplo de sus vecinos de Occidente tuvo irresistible influencia. Agréguese á esto la espantosa guerra civil, que hasta entonces habia distraído por completo las fuerzas de la nacion, y que una vez terminada favoreció la causa de los cruzados; pues por ella el país habia caído en la miseria y la pobreza y para huir de estas plagas hasta el auxilio de empresas aventureras podia parecer como una tabla de salvacion. En esta triste situacion y desesperado por ella envió el pueblo aleman al lejano Oriente centenares de miles de hombres, medio siglo despues; y tambien en la primavera de 1096 tomaron la cruz gran número de niños, labradores, monjes, vagabundos y aventureros.

La participacion de los alemanes en las cruzadas modificó

(1) Parece que Pedro comenzó su predicacion de la cruzada en el campo de Berry, no muy léjos por lo tanto de Clermont en la Auvernia; pero no existen datos exactos sobre si su aparicion fué antes ó despues del concilio de Clermont.

tal vez su apariencia exterior. Efectivamente, leemos no solamente que los peregrinos fueron allá con una religiosa voz de guerra como aquella de *Deus le volt*, ó las palabras «*Gott und das heilige Grab*—Dios el y Santo Sepulcro»,—sino que «donde acampaban ó cuando se ponian en marcha, entonaban antes una cancion espiritual, así como ahora los marineros, cuando se alejan de la tierra, piden á Dios su gracia y entonan una cancion religiosa.» Cuán antigua fuera esta costumbre, y cuánto se ha extendido, es cosa difícil de fijar, pero parece probable que pertenece principalmente á la época de la alegre y trovadora Alemania (2). En el siglo XII corria de boca en boca la siguiente cancion de los peregrinos:

In Gottes Namen vare wir,
Siner Gnaden gere wir
Nu helfe uns diu gotes kraft
und daz heilige grap,
da got selber inne lac
Kyrieleis.

que en buen castellano quiere decir: «Estamos aqui en nombre de Dios, llevamos su gracia, la virtud de Dios nos ayuda y el santo sepulcro dentro del cual estuvo Dios mismo: Kyrieleison.»

Walter de Pexejo, Walter el Pobre y Pedro de Amiens marcharon con sus ejércitos reunidos hasta Colonia, donde celebraron la Pascua. Los dos caballeros continuaron su camino inmediatamente, mientras que Pedro tuvo que detenerse en Colonia á causa del buen resultado de sus predicaciones. Aquellos se dirigieron á Hungría por la Alemania del Sur y llegaron al territorio de los búlgaros en regular estado; pero allí fueron víctimas de vivos ataques, los que, repetidos de un modo inaudito, rompieron el débil orden del ejército, acabaron con sus provisiones y costaron miles de vidas y la libertad de muchos. Walter de Pexejo sucumbió en el camino, y solo un resto de la multitud, profundamente quebrantado y débil llegó á Constantinopla, donde halló auxilios en la amistosa acogida que se le dispensó.

Algo mas feliz fué Pedro de Amiens, el cual entre tanto habia reunido en Colonia y en el interior de Alemania nuevas y considerables fuerzas militares, y con unos 40,000 hombres llegó á las fronteras húngaras. Tambien segun la tradicion, en Hungría lo mismo que en Bulgaria, en parte á causa de la falta de disciplina de sus tropas, tuvo que sostener serias luchas, en las cuales se dispersaron una vez completamente; pero como quiera que sea, logró conservar intacta y mantener unida la masa principal del ejército; de suerte que á fines de julio aun pudo presentarse ante Constantinopla con respetables fuerzas.

En el interin se fueron agregando nuevas expediciones á las anteriores; pues el espíritu vital de la predicacion de la cruzada iba ensanchándose por horizontes mas extensos en Italia, España, Inglaterra y Escandinavia. Un buque tras otro llegaban de las islas y costas del Norte á los puertos de Francia y Alemania, en cuyos puntos se reunian los hijos de los mas diversos países para la comun empresa. Estas masas eran en lo esencial de la misma clase que las de Pedro y de los dos Walter; únicamente eran superiores, si cabe, por su fogoso ardor y por su disciplina. Al lado de hombres, que en sus éxtasis fervorosos se habian grabado á fuego en la piel el signo de la cruz y despues declaraban que lo habia hecho

(2) Tambien tenemos noticia de las canciones de los cruzados de otros pueblos; v. gr. de los lombardos; pero parece que los alemanes llevaron la voz principalmente en este asunto. Véase Rohricht, *Essays* para la historia de las Cruzadas, pág. 40 y 47, y Hoffmann de etc. *Fallersleben*, *Historia del canto eclesiástico aleman*, 3.^a edicion, Hannover, 1861, págs. 39 y siguientes.

al concilio de Clermont eterna duracion en la memoria de los hombres.

Inmensa muchedumbre se vió en aquel día reunida, pues se tenia en todas partes un gran presentimiento de los futuros sucesos. El Papa se vió rodeado de 14 arzobispos, 225 obispos y 400 abades, no siendo fácil calcular el número de clérigos inferiores y de seglares que allí acudieron. Al aire libre, pues ningun edificio habia capaz de con-



El papa Urbano II. Facsimile tomado de la crónica *De passagiis in Terram sanctam*, que se halla en Venecia.

tener tanta gente, comenzó á hablar el Papa de lo que llenaba por completo á todos los corazones y de lo que ellos mismos no tenían clara conciencia. Habló de la horrible profanacion de las iglesias cristianas de Jerusalem, de los crueles padecimientos de los fieles en aquella ciudad y de los piadosos peregrinos que se veian oprimidos bajo la pesada férula de los seldyucidas, de los grandes peligros á que estaba expuesta Constantinopla, lo mismo que todo el Occidente, á causa del victorioso avance de los enemigos; habló finalmente de la historia del papado de un modo que no podia menos de inflamar la cólera y los belicosos instintos de los caballeros franceses, cuyos antepasados lucharon contra «los hijos de Agar.» Como un heraldo de Dios llamó á la guerra santa, y exigió de todos los que pudiesen llevar las armas, que se pusiesen al servicio del Altísimo Señor de la guerra, Jesucristo, para pelear contra los infieles, libertar á Jerusalem, y cumplir la promesa de que «su sepulcro volveria á ser glorioso.»

Hablando de este modo inició otro plan distinto del que habia concebido anteriormente Gregorio VII. No se trató ya de llevar auxilios al emperador Alejo y arrojar á los seldyucidas del Asia Menor, puntos que se pasaron en silencio. En su lugar el restablecimiento de la dominacion cristiana en los Santos Lugares y el orar sobre la libertada tumba del Señor, fueron objeto de nobilísimo exámen á los ojos de todos. Urbano no era solo el soberano espiritual, que trataba de emplear con gran prevision á los fieles de San Pedro en ensanchar los límites de su teocracia, sino mas bien el sublime asceta, que daba expresion con calurosas palabras al entusiasmo místico de las masas. Pero precisamente por esto obraba de un modo irresistible á manera de una revelacion. Mientras hablaba era interrumpido por ruidosas aclamaciones; y cuando terminó, miles y miles de los concurrentes hicieron resonar el lema distintivo de la guerra santa: ¡Dios lo quiere! ¡Dios lo quiere! Muchos derramaban lágrimas ó temblaban poseidos de excitacion interior y se agolpaban en masa para recibir el signo característico de la peregrinacion guerrera, la cruz roja, cosida á la ropa en el hombro derecho.

Despues de esto renovó Urbano el precepto de la Iglesia, de observar indefectiblemente la Tregua de Dios; puso la propiedad de los cruzados bajo la especial proteccion de la sede apostólica, y encargó á los clérigos que fomentasen en sus países la obra de la Iglesia con sus predicaciones, y recomendasen á los cruzados á las oraciones de los fieles. Invitado de muchos puntos á que se pudiese él mismo á la cabeza del movimiento, declinó este honor, pero procuró conservar en manos de la Iglesia la suprema direccion de la empresa. Uno de los primeros, que tomaron la cruz, fué Adhemar de Monteil, obispo de Puy (1) hombre del temple

(1) La crónica de Puy le designa con la expresion característica: «facilis ad omne bonum, gracilis ad equitandum» Véase Hist. de Langued. II; 8.

de Urbano, célebre por su piedad y á la vez campeón hidalgo de los derechos de la Iglesia. El Papa le dió alborozado su bendicion, y nombrándole legado de la Iglesia le confió la direccion de la cruzada.

PEDRO EL ERMITAÑO

De este modo bastante maravilloso dió principio la gran guerra de la Edad media, en que el Occidente se lanzó á combatir contra el Oriente. La tradicion, sin embargo, no se contentó con esto, sino que inventó una historia mucho más legendaria acerca del origen de la cruzada, á cuya historia se ha dado crédito con mucha frecuencia hasta hoy día. Segun ella, el ermitaño Pedro de Amiens (2) fué en peregrinacion á Jerusalem hácia el año 1094 y vió con dolor cuantas abominaciones paganas habian cometido los seldyucidas en dicha ciudad. Un día, así lo cuenta la tradicion, se quedó dormido rezando en la iglesia del Santo Sepulcro; entonces se le apareció el Salvador con resplandor celestial y le habló, á él, hombre débil y frágil, de este modo: «Pedro, queridísimo hijo, levántate, preséntate á mi patriarca y toma de él la carta de la mision que te voy á dar: contarás la situacion calamitosa en que se hallan los Santos Lugares, y despertarás los corazones de los creyentes, excitándoles á que purifiquen á Jerusalem y rescaten los Santos Lugares del poder de los paganos; porque las puertas del paraíso están abiertas para aquellos á quienes yo he elegido y llamado.» Entonces Pedro se levantó por la mañana temprano y fué en busca del patriarca para recibir la carta de su mision: este se la entregó, le dió las gracias y Pedro se puso en camino haciendo el viaje por mar con la mayor angustia, hasta que llegó á Bari y por fin á Roma. Allí supo el Papa con humildad y alegría las palabras de la mision



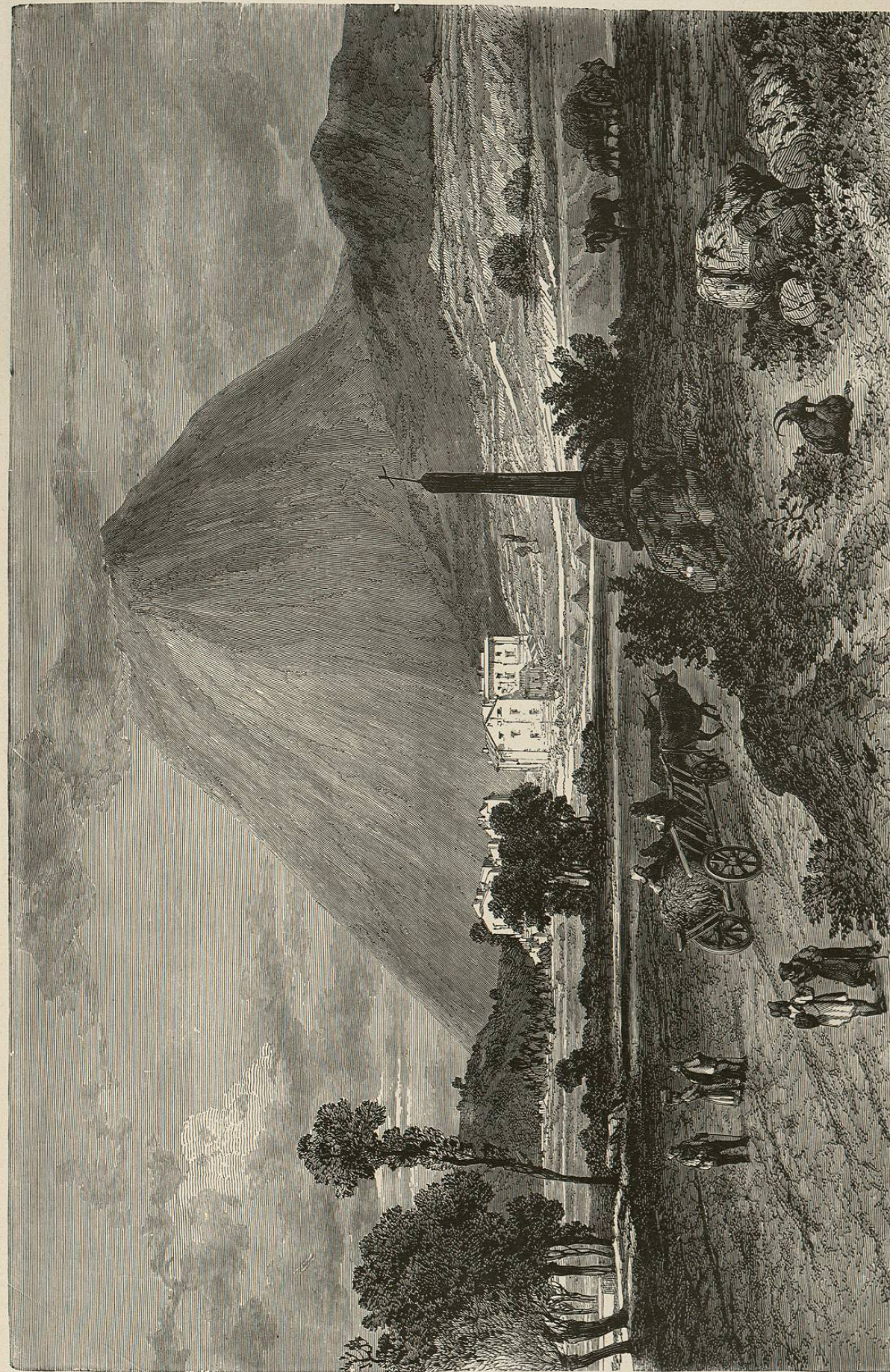
Vision de Pedro en la iglesia del Santo Sepulcro. Pedro recibe de manos del Patriarca de Jerusalem la carta facsimile del manuscrito *De passagiis in Terram sanctam* (Venecia).

y le llevó á Clermont á predicar los verdaderos caminos del Señor: y todos los pueblos y todos los principes y caballeros de Francia entera se levantaron para libertar al Santo Sepulcro.

Esta historia pugna con la verdad, no solo porque atribuye á la cruzada un origen sobrenatural debido á la intervencion inmediata del mismo Salvador, sino tambien porque Pedro de Amiens habia hecho ya una peregrinacion á Tierra Santa antes del año 1095, pero no llegó á Jerusalem en dicho viaje (3). Por consiguiente, al papa Urbano y no al ermitaño Pedro corresponde la gloria de haber hecho el llama-

(2) No se sabe á punto fijo el lugar del nacimiento de Pedro; sin embargo el solitario era sin duda oriundo por lo menos de la ciudad ó inmediaciones de la diócesis de Amiens. Se le puede llamar por lo tanto Pedro de Amiens y refutar con esta designacion las erróneas opiniones de los que le hacen procedente de Bélgica, Alemania, etc.

(3) Debemos el conocimiento de esta circunstancia á la obra histórica de Ana Comneno, lib. X, ed. Bonn. II, 29.



Vista de Puy de Dôme